EXTRACTO DEL CAPÍTULO 3:

Damián saboreaba la noche como si fuera el alma de la ciudad. De día las apariencias dominan todo cuando se mueve. Las personas se disfrazan en función de su trabajo, adoptan modos convencionales y socialmente aceptados y cumplen con las tareas que se espera de ellos. Sin embargo, la noche es libre. Lo mejor y lo peor del alma humana se expresa cuando el sol se oculta, cuando la luz deslumbrante del día no desvía la atención hacia las apariencias. Al oscurecer, las pupilas se dilatan y los sentidos se agudizan. La piel respira el frescor del aire, los oídos beben los sonidos que acompañan a los espíritus de las cosas, ya sean animadas o inanimadas, el olfato se funde con los aromas que arrastra el viento y el paladar saborea las hormonas de la noche.

Si, en esas circunstancias, te cruzas con otra persona solitaria, quien antes que persona era el sonido de unos pasos lejanos, después se transformaba gradualmente en una silueta oscura que se confundía con las sombras de los callejones, más tarde tomaba el aspecto del olor a sudor, alcohol o tabaco que orlaba su contorno y, por último, llegando ya a tu altura, se materializaba en la solidez de sus pensamientos centrados en pasiones humanas; cuando esa persona solitaria atraviesa la noche pasando a tu lado, los sentidos, la mente, el consciente y el inconsciente, desarrollan simultáneamente todo tipo de procesos, unos lógicos, otros oníricos, a la par fantasiosos y calculadores, elaborados a velocidades extraordinarias, diferenciando en todo momento cada línea de pensamiento sin confundir la realidad con la fantasía, pero simultaneando en las neuronas todas las opciones que nuestra experiencia de la vida es capaz de calcular o imaginar.

La calma de la noche hace que la vida sea más intensa, más completa, más rápida. Por el contrario, el supuesto dinamismo de las acciones diurnas responde a un automatismo monótono en el que la rapidez, la prisa, el agobio marcado por los límites del reloj impone una limitación en el flujo de los pensamientos. De noche, el ritmo del cuerpo es lento, pero la mente funciona a la máxima velocidad concebible, expresando todo su potencial. De día ocurre lo contrario; el cuerpo se mueve rápido, pero la mente sólo se ocupa de la tarea cotidiana unidireccional y alienante. Si la experiencia de la vida es mental, la propia vida es más intensa durante la noche.

A mitad del puerto ya se había internado en el barrio de Sankt Pauli. Remontó Davidstrasse para adentrarse en la famosa Milla del Pecado donde había estado esa tarde con Andreu. Camino de Reeperbahn Strasse se cruzó con un curioso callejón llamado Herbertstrasse, cerrado en su entrada por una valla roja en la que destacaba un anuncio publicitario de tabaco mostrando la foto de una sugerente mujer fumando. Observó a un hombre saliendo por un pasaje, en el lateral de la valla central, que se alejó con pasos rápidos sin mirar hacia atrás. Damián percibió sentimientos contrariados en los pensamientos de ese hombre, felicidad, vergüenza, deseo, tristeza, ansiedad…

Dirigiéndose hacia el mural rojo descubrió un aviso indicando que los niños y las mujeres no tenían permitido el acceso a ese callejón. Traspasó la barrera y accedió a una corta travesía adornada con numerosas luces rojas. A izquierda y derecha se abrían amplios ventanales de diversos colores donde se exhibían, vestidas únicamente con provocativa lencería, numerosas prostitutas que invitaban a Damián a entrar en sus locales. El callejón apenas tendría unos sesenta metros, pero la exhibición de lujuria que se extendía en ambos laterales hizo que se tomara su tiempo para recorrerlo. Cada vez que abandonaba un escaparate y pasaba al siguiente escuchaba tras los cristales lo que podrían ser insultos en alemán acompañados por gestos desagradables.

A mitad de la calle, observó que otro hombre entraba en el lugar y se detenía momentáneamente al verle parado. Era alto, vestía un traje de lana con cuadros grises que le quedaba un poco grande, Llevaba una camisa amarilla y una ceñida corbata de color azul oscuro estrangulando el cuello. Tras unos segundos de duda, el individuo se dirigió a los primeros escaparates ignorando a Damián quien, desviando la atención, siguió lentamente el camino hacia el final de la calle, donde traspasó un muro rojo similar al que se encontraba en el lugar por donde había entrado. Después se desvió hacia Reeperbahn Strasse y giró a su derecha en dirección al centro de la ciudad.

Cuando regresó al hotel eran las dos y media de la madrugada, y serían las tres cuando quedó dormido en su habitación. «Seguro que, a pesar de todo, duermo más que Andreu», se dijo antes de dejarse llevar por el sueño.

EXTRACTO DEL CAPÍTULO 9:

**En el hotel Ritz de la ciudad, Damián y Laura ocuparon la Royal Suite que sobrecogió a la muchacha por su amplitud: 157 metros cuadrados, y su extraordinaria belleza barroca: Un palaciego cuarto de estar con chimenea, un lujoso comedor para diez personas y una maravillosa alcoba ovalada. Los ornamentos dorados abundaban por doquier, preciosas obras de arte se repartían por todas las estancias.**

**La suite no se encontraba en el edificio principal del hotel, sino en la William Kent House, aneja al Ritz y situada en el número veintidós de Arlington Street, una impresionante mansión del siglo dieciocho que había sido construida para el Muy Honorable Henry Pelham, antiguo primer ministro de Gran Bretaña. Las habitaciones que ocupaba la suite correspondían a las antiguas cámaras privadas de Lord Pelham. Damián comentó un poco la historia de la casa, diseñada para el Lord por William Kent, brillante arquitecto, pintor y diseñador de la época. También había albergado a otros personajes notables, como los duques de Grafton, Beaufort y Hamilton, además del mismísimo Winston Churchill.**

**Cuando Laura preguntó por el precio de la suite, Damián indicó, entre risas, que no era la más cara del hotel. La muchacha insistió en saberlo, por lo que finalmente su compañero le descubrió que “tan sólo” costaba algo menos de seis mil libras por noche, unos siete mil quinientos euros, mientras que la habitación más cara, la suite Príncipe de Gales, de mayor tamaño, tenía un precio algo más elevado, unos ocho mil doscientos euros. La curiosidad de Laura aumentó:**

—**¿Por qué no has reservado la más cara?**

—Por dos motivos. El primero, porque conozco las dos suites y ésta es más bonita. El segundo, porque ésta tiene un solo dormitorio, mientras que la otra tiene dos. No quiero arriesgarme a que alguna noche te enfades por cualquier tontería y me mandes a dormir a la habitación de al lado —contestó Damián.

—¿Y puede saberse qué motivos me darías para enfadarme contigo? —Volvió a preguntar Laura entre bromista y preocupada.

—Igual me da por ligar con la reina…

—Creo que no va a ser tu tipo.

—Pues entonces con su nuera.

—Me parece que lo estás arreglando —terminó por decir Laura riéndose.

Eran las doce y media de la mañana. El avión había partido del aeropuerto de Asturias a las diez cincuenta y tomado tierra en Stansted a las once cuarenta y cinco. Después, un Rolls Royce Phantom, enviado por el Ritz, los había transportado con parsimonia los cincuenta y seis kilómetros que separaban el aeropuerto del centro de Londres. Llovía copiosamente, pero los empleados del hotel, ocupándose atentamente de todo, los cubrieron con elegantes paraguas negros cada vez que fue necesario; después descargaron el equipaje del Rolls, los acompañaron por el Gran Hall, con sus magníficas columnas de mármol, su escalera, y el mural en el que se representaba un acontecimiento de época escenificando una reunión de nobles. Por último, los condujeron hasta la suite.

Ahora, tras haberse duchado y ponerse ropa limpia, Laura permanecía sentada sobre la colcha de seda rosada que cubría la magnífica cama. En efecto. La habitación era preciosa. Una gran alfombra circular, con tonos aguamarinas, verdes, dorados y rosas cubría la mayor parte del suelo. Un conjunto de tres ventanales, que se extendían por la pared curva exterior y estaban decorados con cortinajes a juego con la ropa de cama, se asomaban a Green Park y dejaban pasar una tenue y difusa luz grisácea que contrastaba con los cálidos amarillos y dorados de la iluminación interior. Había sillas de estilo noble, una elegante consola, y diversas puertas que accedían a distintas dependencias, tales como baños, aseos y vestidores. Una escalera de diez peldaños salvaba el desnivel que separaba la zona del dormitorio de la sala de estar, en primer lugar, y del comedor, al extremo opuesto de la suite; ambos decorados de manera suntuosa.

Es fácil acostumbrarse al lujo. Quizá los primeros días pueda resultar un poco chocante, sobre todo para quienes proceden de aquellas colmenas atestadas de vecinos que llaman viviendas comunes, y que malviven con sueldos de miseria. También, cuando la suerte cambia para algunas de estas personas, es fácil comportarse como el nuevo rico, que busca con prepotencia la ostentación y la vulgaridad de alto nivel. Pero, cuando la elegancia está en el interior de la persona, se descubre que la adaptación a un estatus social elevado se produce de forma armónica y natural. Los primeros días en Marbella le sirvieron a Laura para realizar esa adaptación. Y ahora, recorriendo con la mirada el óvalo que formaba el dormitorio de la suite Royal del Ritz de Londres, se sentía en su lugar. Le costaría dejarla cuando llegara el momento. Y Damián lo sabía. Por eso la llevó allí.

Solicitaron al mayordomo, que el hotel había dispuesto para atenderles**,** que les sirviera un almuerzo en el comedor privado; pidieron de la carta, para ambos, el rollo de cangrejo con aguacate y melón charentais y la lubina croute con salsa Mireille; de postre, también para los dos, optaron por los crepes suzette. Acompañaron la comida con un Cloudy Bay sauvignon blanco de 2005 y un Dom Pérignon del 90.

Tras la comida, acudieron a la sala de estar. Se asomaron a la ventana y comprobaron que el día, desapacible y oscuro, invitaba poco al paseo y mucho a la charla sosegada, sentados en el sofá tapizado en tela con motivos florales. Laura se situaba a la derecha de Damián tomando un té negro con azúcar y una gota de leche. Él, por su parte, degustaba un earl grey solo. Hablaron al estilo británico sobre las infusiones.

Laura comentó su conocimiento sobre la historia del té de la tarde, puesto de moda, a mediados del siglo diecinueve, por **Lady Anna María Stanhope,** duquesa de Bedford, quien un día, sintiéndose desfallecida hacia las cinco, pidió que se lo sirvieran con algo de comer. Después lo convirtió en una costumbre invitando a los amigos y organizando reuniones a las que solía asistir la mismísima reina Victoria. Por su parte, Damián, que conocía la historia de la duquesa, amplió al earl grey el conocimiento de Laura sobre los tés, comentado que recibe su nombre de otro antiguo primer ministro inglés, Lord Charles Grey, segundo conde de Grey. Al parecer, según una versión de la historia, un mandarín chino, agradecido porque uno de los hombres del conde había salvado a su hijo de morir ahogado, regaló un paquete de té mezclado con bergamota al lord. Otra versión decía que no fue en China donde recibió la receta, sino en India, regalo de un marajá por haber salvado a su hijo de las garras de un tigre. Según una tercera leyenda, Damián contó que fue el propio conde quien descubrió casualmente la fórmula, a causa de un percance durante una travesía en barco, cuando el aceite de bergamota se derramó fortuitamente sobre el cargamento de té.

Poco a poco, la conversación fue dando giros hasta centrarse en el tema que los había llevado a Londres.

—¿A quién nos vamos a enfrentar? —Preguntó Laura.

—¿Preguntas por la persona a la que hemos venido a buscar aquí o hablas a un nivel más general? —Respondió Damián.

—Las dos cosas.

—Pues la primera respuesta es que, sobre quién es el señor **Alexandre Lawler, no sé más de lo que Jakob nos comentó a todos: Un rico empresario. Pero, sobre quién está detrás de él o con quién colabora, no tengo ni idea. Sólo vagas sospechas, opiniones teóricas.**

—¿Qué opiniones? —Insistió.

—Oíste lo que comentó Dagobert hace algún tiempo. El Sistema tiene vida propia, según su opinión; pero necesita un guardián que lo proteja, un grupo que vele por su mantenimiento. Estoy seguro de que ese grupo es un verdadero gobierno mundial en la sombra, como lo han llamado algunos. No sé si es el Bilderberg, el Consejo de Relaciones Exteriores o la Comisión Trilateral. O todos juntos. Puede que, en el fondo, todos sean los mismos. También es probable que, quienes controlan los destinos de la humanidad, igualmente dirijan a dichos grupos. Incluso la ONU está controlada por ellos.

—¿La ONU…? —Comenzó a preguntar Laura con cierta perplejidad.

—En efecto. La ONU nació con la vocación de convertirse en el verdadero y legítimo gobierno mundial, pero nunca ha llegado a serlo. Se ha visto obligada a convertirse en un títere en manos de los poderosos. Podría cambiar su trayectoria y retomar la causa original de su fundación, pero no la dejan.

»Mira —siguió diciendo—, para todo se necesitan fondos económicos. Y quienes poseen los fondos sólo los dan si van a conseguir beneficios con ellos. Los fondos que recibe la ONU no escapan a esa premisa. Todo se negocia, incluso las deudas se negocian. Hay países de primer orden que se comprometen a pagar determinadas cuotas a cambio de algunas prebendas. Y después, recibidas las prebendas sin aportar por completo los fondos prometidos, amenazan con no pagar si no se les dan otras prerrogativas. Es el pan nuestro de cada día en la ONU.

»Lo cierto es que no son ellos quienes mandan. Los que verdaderamente lo hacen tienen tanta fuerza como para doblegar a los poderes visibles más importantes, como los propios estados o la mismísima ONU. Ya lo dije antes, existe un gobierno mundial en la sombra. Puede que sea esa misteriosa Hermandad Negra de la que habla el esoterismo, pero formada por hombres de carne y hueso, no por seres sobrenaturales. Y tarde o temprano nos tendremos que enfrentar a ellos.

—¿Y qué pasará cuando nos enfrentemos a ellos? —Prosiguió Laura con interés.

—Sospecho que lo difícil será encontrarlos, poder tenerlos frente a nosotros —respondió Damián—. Pero cuando los tengamos por fin de frente los derrotaremos fácilmente.

—Estás muy confiado en conseguirlo.

—¿Tienes alguna duda?

—Según dices son demasiado poderosos…

—La reina de Inglaterra también lo es, pero si quieres concierto una cita con ella para hoy mismo. Sabes que no tendría ningún problema en hacerlo.

—Tranquilo, sé que podrías, pero no es necesario. Además, no creo que sea conveniente en estos momentos —indicó Laura sonriendo—. De todos modos, también me preocupa otro asunto. Lo he estado meditando bastante tiempo y me genera cierta desconfianza…

—¿A qué te refieres? —Preguntó Damián.

—Supongamos que conseguimos realizar el proyecto…

—Sin suposiciones. Lo conseguiremos —afirmó Damián tajante.

—Está bien —continuó Laura—, cuando consigamos realizar el proyecto, pareces muy convencido de que la gente va a responder de una forma entusiasta y bondadosa. ¿Crees realmente en la bondad de la gente? ¿Piensas que, como decía Rousseau, el hombre es bueno por naturaleza pero la sociedad lo corrompe? ¿No crees que la sociedad está creada por el hombre a su imagen y semejanza y, por lo tanto, sólo puede ser corrupta si sus creadores la hacen corrupta?

—Sí, pienso como tú; tengo las mismas dudas que tú tienes. No creo al cien por cien en la opinión de Rousseau. Creo que, incluso en una sociedad perfecta, alguna vez nacerá un asesino, lo que obligará al resto de las personas a armarse para poder defenderse, pudiendo convertirse todos en asesinos. También puede nacer un corrupto y arrastrarnos al resto hacia la corrupción. Pero planteemos el problema desde un punto de vista biológico, evolutivo: En la naturaleza, la evolución se produce mediante mutaciones genéticas aleatorias y fortuitas. Algunas de estas mutaciones son destructivas, pero la evolución siempre sabe sobreponerse a ellas y salir triunfante. Tiene sus propios mecanismos de aprendizaje para mejorar constantemente. En nuestra sociedad también debemos estar atentos a las mutaciones destructivas llamadas crimen, corrupción o egoísmo y aprender a sobreponernos a ellas. El primer medio para superarlas debe ser dificultar la corrupción mediante la desaparición de los factores de poder susceptibles de corromperse, como el dinero, por ejemplo. El segundo medio para superar las aberraciones debe ser la educación. Pienso que la educación recibida, junto con la circunstancia en la que se vive, son el caldo de cultivo para generar el bien o el mal. Una buena circunstancia, junto con una buena educación, debe ser el camino para solventar el problema. Aunque la mutación destructiva siempre estará al acecho. En eso tienes razón. Habrá que estar alerta.

Callaron un rato y degustaron un largo sorbo de té. Después, Damián tendió la mano hacia Laura invitándola a levantarse junto a él, acompañándola al ventanal asomado al paisaje.

La lluvia continuaba derramándose copiosamente por las calles de Londres; a pesar de ello, diversos caminantes recorrían tranquilamente los paseos de Green Park. Un grupo de jóvenes practicaban deporte desafiando al mal tiempo. Algún mirlo feliz entonaba su canto, aportando una nota musical al persistente golpeteo del agua en los extensos prados y en las copas de los centenarios árboles que aparecían a cierta distancia en la fronda; gotas de lluvia que se estrellaban, asimismo, contra el suelo, las fachadas y los tejados en los edificios de las calles inmediatas.

El agua también percutía contra las ventanas de la suite, creando un efecto relajante, casi hipnótico y sosegadamente melancólico, invitando a los amantes a contemplar, a través de los cristales, la lentitud que el otoño imponía al ritmo de la ciudad. Ambos, asomados en su privilegiada atalaya, tomando el uno la mano del otro en la suya, cedieron al embrujo de un beso largo y profundo.

Cerrando los ojos, Laura se dejó llevar por el intenso contacto de los labios, por la firmeza de las manos que sujetaron su cintura, olvidando el miedo que, desde aquel día en el que tuvo a Damián por primera vez frente a ella, todavía se mantenía en lo profundo de su mente. Era su compañera en la conspiración, su amante en las largas noches de tranquilidad compartida, su lazarillo en los momentos en los que el entusiasmo cegaba la cordura de ese hombre peculiar. Se había lanzado abiertamente a una relación peligrosa. Sin embargo, el peligro no radicaba únicamente en la supuesta organización que los perseguía, sino que se vislumbraba también en la vejez de aquella mirada que la contemplaba desde un cuerpo joven y vital, en la tristeza y decepción que reposaban en aquella alma que pretendía ser inmortal. Pero cerrando los ojos, sintiendo los labios en íntimo contacto, apretando fuertemente el cuerpo contra el de su amante, ignoraba miedos, peligros y trasfondos misteriosos y profundos.

En ocasiones, dudaba de la veracidad de Damián. Pensaba que, realmente, era un ser emanado de las profundidades de la tierra, del infierno de Dante, para engañar, seducir y arrastrar a la perdición a los hombres y mujeres que lo seguían. Entonces se hacía consciente de su tormento. «¡Mentiroso!», gritaba Thanatos, rabioso, pataleando con furia sobre su hombro derecho. «Le vas a seguir hasta tu propia destrucción», y a continuación citaba el evangelio: «Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos». Mientras Eros, que reclamaba sosiego descansando encima del corazón, recostado tranquilamente en su hombro izquierdo, manifestaba fe en los verdaderos sentimientos que surgían de aquel hombre. «Por sus frutos los conoceréis» rezaba también el texto de Mateo. ¿Y qué mejor fruto que procurar la felicidad de las mujeres y hombres de todo el mundo? Entonces retornaba al pensamiento racional. Ni dioses ni demonios, sino obras; y el resultado era que le gustaba la obra de Damián. Después seguía su instinto, le gustaba aquél hombre. Eros, aposentado en su corazón, ganaba la batalla. Pero el miedo no desaparecía, simplemente Thanatos callaba, esperaba otro momento para manifestarse.

El mejor modo de vencer al miedo era dejarse llevar por el empuje de su amante, por su energía vital y por el ansia de disfrutar de la vida, de cada segundo, como si pudiera ser el último. «Extraño pensamiento para un ser inmortal», se decía entonces, «sobre todo, extraño pensamiento para mí, puesto que quiere compartir conmigo su inmortalidad». Pero ¿quién piensa en la inmortalidad cuando la eternidad se resume en un abrazo y un beso?

—Eres demasiado romántica —decía él cuando aparentaba descubrir sus pensamientos.

—No digas tonterías —respondía ella—. Esto es sólo sexo. Soy tu amante, ¿recuerdas?

—¿Hasta dónde quieres llegar con el sexo? —Preguntaba él entonces.

—Hasta lo más profundo…

Y, como en otras ocasiones, también en ese momento, en la mágica alcoba ovalada de la Suite Royal del Ritz de Londres, la pasión seguía su curso lentamente, al mismo ritmo que la lluvia que inundaba los parques y las avenidas, y llamaba a la ventana para anunciar a los amantes que el agua es vida, y que la vida estaba con ellos.

EXTRACTO DEL CAPÍTULO 10:

Actuaron tal y como Jakob les había indicado y se presentaron al cabo de un rato en la entrada del piso de control. Andreu empujó la puerta que estaba simplemente entornada. Se dirigió a la sala donde estaban los equipos electrónicos. Pronunció en voz alta los nombres de sus guardaespaldas sin encontrar respuesta. El salón estaba vacío, los equipos permanecían conectados emitiendo punto de nieve y un zumbido sordo. Se dirigió al primer dormitorio y tampoco vio nada. Camino del segundo dormitorio se encontraba el único cuarto de baño del inmueble. Abrió la puerta y oyó el grifo de la bañera abierto, cuando dirigió la mirada hacia el lugar, observó los cuerpos de dos individuos retorcidos en su interior, vestidos y con grandes manchas de sangre en todo el espacio. No eran sus guardianes. Tras el sobresalto inicial se acercó y distinguió perfectamente que ambos presentaban certeros disparos en el pecho. Pensó en salir rápidamente y avisar a Dagobert. No tuvo tiempo; inmediatamente sintió el contacto de algo metálico en su nuca, al tiempo que escuchó una voz:

—No se mueva, señor Martorell. Gírese despacio.

Al darse la vuelta observó a un hombre de unos cuarenta años, moreno, con barba recortada y perfectamente definida, alto y bien vestido. En su mano derecha, con el brazo totalmente extendido, sujetaba una pistola provista de silenciador que le apuntaba directamente.

Dagobert esperaba reteniendo la puerta del ascensor. Oyó unos pasos subiendo por la escalera. En seguida apareció un hombre de unos treinta años remontando los últimos peldaños y alcanzando el descansillo de la escalera. Ese hombre, con aspecto fatigado por la subida hasta el tercer piso donde se encontraba en ese momento, hizo un comentario sobre la tardanza del ascensor o su posible avería. Dagobert se disculpó, explicando que lo estaba reteniendo mientras esperaba que llegara su socio, que tardaba más de lo que había previsto. En ese momento, el sujeto introdujo la mano por el interior de su chaqueta y extrajo una pistola con la que le apuntó. Le obligó a dejar la vigilancia junto al elevador y le indicó que entrara en el piso franco.

En el salón encontró a Andreu sentado en el sofá y a un hombre de pie apuntándole con su arma. Se vio obligado a sentarse junto a su amigo. El hombre más joven, extrajo un cilindro metálico del bolsillo y lo enroscó en el cañón de la pistola.

—Señor Leonhardt —dijo el hombre mayor—. ¿Cuál es la contraseña de su ordenador?

Dagobert no se pensó la respuesta:

—Pumpernickel 218 —contestó—. Aunque supongo que tendrían medios para resolverla por su cuenta.

—Por supuesto que podríamos hacerlo, pero es una pérdida de tiempo. Su amigo Martorell no ha querido decirnos nada sobre el señor Castellano. Quiere usted añadir algo para intentar evitar su muerte.

—¿Qué quieren saber?

—Su punto débil. Familia, allegados o algo similar.

—No los tiene. No tiene puntos débiles.

—Es lo mismo que nos ha dicho su compañero. ¿Dónde se ocultan sus guardaespaldas?

—No lo sabemos. Los expertos en seguridad son ellos y no nos comentan sus procedimientos —Dijo Andreu. Después, dirigiéndose a Dagobert, añadió—: Hay dos cadáveres en la bañera. No son ellos. Han debido huir y esconderse. Estamos solos.

Tanto Dagobert como Andreu sabían que era imposible que sus guardaespaldas los hubieran abandonado. El condicionamiento que Damián ejerció sobre ellos en el pasado era demasiado potente. Pensaban que la estratagema de aparentar estar desvalidos podría darles alguna ventaja.

El hombre mayor se acercó a la mesa del comedor, tomó una de las sillas que la rodeaban, se acercó al sofá que ocupaban Andreu y Dagobert, colocó el asiento frente a ellos al otro lado de la mesa de centro y se sentó cruzando las piernas. Después les dijo:

—Por favor señores, dejen sus móviles en la mesita.

Los dos obedecieron. Ese hombre comprobó que ambos aparatos estaban conectados. El acompañante más joven no dejaba de apuntarlos con la pistola. El mayor manipuló los aparatos observando las llamadas enviadas y recibidas, así como los mensajes de texto y los whatsapp. Después tecleó en el de Dagobert un mensaje para Tausch: «Estamos en peligro». A continuación repitió la maniobra en el teléfono de Andreu, pero en esta ocasión dirigió el mensaje a Damián. Por último, apuntó con la pistola a sus rehenes.

—¿Saben que van a morir ahora? —Dijo con total tranquilidad mientras elevaba el arma extendiendo el brazo.

Dagobert cerró los ojos esperando la ejecución. Tenía miedo. Pero no podía hacer nada para evitar su muerte y no quería ver cómo le llegaba. Estaba convencido de haber vivido sus últimos días haciendo lo correcto y sólo lamentaba no haber tenido tiempo para ver el resultado de su obra. Se sentía solo y abandonado pero, a pesar de eso, no culpaba de su desgracia ni a Damián ni al equipo. Sabía que los poderosos del mundo eran quienes lo quitaban de en medio porque resultaba peligroso. Su trabajo era demasiado importante. Andreu, por el contrario, mantuvo la mirada fija en su asesino. Con los ojos bien abiertos y llenos de odio. Maldecía a los sicarios. Ya había sobrevivido a otro ataque en los tiempos de Greenpeace y el Rainbow Warrior. Quería demostrar que moría orgulloso de ser quien era y de hacer lo que hacía. Quería demostrar que, aunque acabaran con su vida, no acabarían con su proyecto; que los asesinos tenían la guerra perdida, que los mártires arrastraban a nuevos guerreros tras ellos.

Sonaron dos detonaciones ahogadas por los tubos silenciadores de las armas. Dagobert abrió instintivamente los ojos y dirigió la mirada a Andreu, que se estaba incorporando del sofá como un resorte. Hubert y Otto entraban en la sala desde el interior del piso. Sus disparos habían acertado de lleno en la cabeza de los sicarios.

—Y con estos dos van cuatro —pronunció Hubert con su aspecto de jipi pacifista y la cara de quien nunca ha roto un plato.

—Vámonos de aquí corriendo —indicó Otto—. Este lugar ya no es seguro. La universidad tampoco. Estoy convencido de que algún otro matón de esta banda ha estado allí.